



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



2 de febrero de 1889



Núm. 66



LA PALOMA CORREO

Ayuntamiento de Madrid





## UN RATO DE CHARLA

**L**a prensa se ha ocupado mucho recientemente en la elección para proveer una plaza vacante en la Academia Española que se disputaban el Sr. D. Benito Pérez Galdós y el Sr. Comelerán.

Con este motivo se ha hablado largo y fuerte; y como de eso ha tenido la culpa la elección del Sr. Comelerán, bien podemos decir: *¡Oh fœlix culpa!*

Gracias á Dios que una vez á la vida se ha movido la gente por una cuestión puramente literaria, por algo que no se roza, sino ligerísimamente, con el presupuesto.

No ocultaré que, á haber sido yo académico *vivo* hubiera tenido el honor de votar por el Sr. Pérez Galdós; pero tampoco ocultaré que, á mi juicio, hay una porción de señores no menos dignos de ingresar en el santuario de la calle de Valverde.

La prensa ha echado á volar varios nombres: ha recordado al insigne Camús, á D. Lázaro Bardon, al hebraísta González Blanco, al doctísimo arabizante D. Pascual de Gayangos.

Pero no se ha acabado aquí la lista: ¿no servirían de muchísimo en la Academia D. Joaquín Costa, Sánchez Pérez, Labra, Giner de los Ríos, Letamendi, Carvajal?

Pero no quiero continuar, porque, á medida que fuese yo ensartando nombres, aparecería más y más relegado á última fila el Sr. Comelerán, á quien compadezco, en medio de todo, por las cuchufletas de los periodistas al colocarle entre Cañete y Catalina, ya que, en mi humilde opinión, vale infinitamente más que esos dos magníficos académicos.

El Sr. Comelerán es, sin duda, una persona muy ilustrada, como que conoce la gramática de las lenguas románicas de Federico Díez, según dejó demostrado; y aunque la tal gramática (traducida al francés) es bien conocida de muchos catalanistas, no es seguro, sin embargo, que todos los académicos sepan de qué trata, y aun habrá quizás quien suponga si el tal Díez no será algún pariente de la difunta D.<sup>a</sup> Matilde.

Pero ¿por qué firmaba *Quintilius*, el Sr. Comelerán, en vez de firmar



*Quintilio?* O escribirlo todo en latín ó castellanizar el nombre. No siendo así, es imposible que uno deje de pensar que el Sr. Comelerán quiere ser tenido por lo que llaman los franceses *un savant en us*.

De todas maneras, sin embargo, seguro estoy de que el Sr. Comelerán prestará buenos servicios, será un buen académico y tratará de que la próxima edición del *Diccionario* de aquella casa no se preste tanto á los virulentos y harto fundados ataques de Miguel de Escalada (académico de la Española muy posible en lo futuro).



La paloma correo

Lo que yo quisiera ahora es que, aprovechando la ocasión, nos saliese un novelista de pelo en pecho que escribiese un *pendant* al *Immortel* de Daudet, pero mejor aún que el de éste: una novela de clave.

Porque conviene mucho, á lo que parece, descascarar, no digo desollar, ¡por Dios! á algunos figurones que se dan mucho tono por ahí y son unos simples intrigantes.

Parece que abundan bastante las reputaciones usurpadas: años atrás, engolfados siempre en querer arreglar la España, dejamos que algunos caballeros se fabricasen una envidiable reputación de grandes historiadores, inspirados músicos, sesudos críticos, sabios filósofos, etc., etc.; y va resultando que todo es bambolla, que las historias están llenas de disparates, que las melodías son copiadas, que las críticas no tienen sentido común y que las filosofías están mandadas retirar.

Todo eso, metido en una novela, sería de grande efecto y quizás produciría algunas merecidas cesantías de veneración y respeto.



Por desgracia España no ha llegado todavía á aquella plenitud intelectual en que el público acierta sin equivocarse en el valor que debe dar á cada personaje, y por mucho tiempo las masas sólo aceptarán por bueno lo que les digan los periódicos. Gran bien hará, por lo tanto, el que rompa con esa rutina y se atreva á escribir de la manera que escribió *Clarín* sobre el patrocinador de la candidatura del Sr. Comelerán.

Día feliz aquel en que el público se apasione por las cosas de las academias, de la propia manera que se enardece con los comentarios sobre un volapié de Lagartijo ó un discurso del elocuente diputado Sr. Parla-enbalde. Dios conserve por larguísimos años la preciosa existencia de los treinta y seis señores que componen la docta asamblea de la calle de Valverde; pero á ver si cuando ocurra una nueva vacante habremos olvidado ya lo sucedido ahora.

La opinion pública puede mucho, hasta hacerle á uno de la Academia, como sucedió hace poco en París con M. Henri Meilhac. Si la opinión pública se obstina en que Galdós sea de la Academia, eso será, á pesar de todas las soberbias y aunque contra ello se empeñase Calígula que resucitara.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO







La banana y el plátano

## PERIQUITO EL GENERAL

«El bien que hagas en la tierra á tus semejantes, te será devuelto centuplicado.»

### I

MAMÁ,—dijo Periquito;—he visto esta mañana en casa de Medel una caja de soldados. Si fueras tan buena que me quisieras *prestar* las quince pesetas que cuesta..

—Conque cuesta quince pesetas: ¿eh?

—Sí, señora.

—¿Y quieres que yo te las *preste*?—prosiguió la mamá de Periquito recalcando la última palabra de su pregunta.

—Sí, mamita.

—¡Buen gitano estás hecho! Ya sabes,—añadió sonriéndose,—que el que presta exige siempre un interés al dinero que anticipa. ¿Cuál es el que tú me ofreces?...

—Muchos besos. ¿Quieres cobrarlos ahora?

—Eso está bien, pero no me satisface.

—Seré muy aplicado, y cuando sea hombre me haré banquero, como papá, y le ayudaré... y á ti, mamita, te querré mucho, muchísimo, y...

—Basta, basta, hijo mío,—exclamó la mamá de Periquito atrayendo hacia su pecho al niño y besándole con inusitado gozo.—Te daré las quince pesetas y vas á comprar la caja de soldados en unión de Antonio el criado.

—¡Qué buena eres, mamá!



Y Periquito depositó un largo y sonoro beso en la frente de su mamá, que devolvió con creces la caricia.

## II

Era ya muy cerca del anochecer cuando Periquito salió de su casa en unión de Antonio, el criado de sus padres, que quería al pequeñuelo tanto como podrían quererle éstos. Había visto nacer á Periquito y no es extraño le profesase tanto cariño.

—Mire V., señorito,—decía el viejo servidor al salir del portal;—súbase el cuello del gabán que hace un frío que hiela el aliento.

—Bueno, Antonio; lo que quieras,—replicó el niño.

Añadiendo después:

—¡Si vieras que bonita es la caja de soldados que vamos á comprar!

—¿Serán de plomo?

—¡Quiá! De madera.

—¿Son de á pie?

—¡No, hombre! De caballería.

—¡Ah!

—Sí: tú serás el capitán y yo el general. ¿Quieres?

—Bueno, señorito; pero ya es uno viejo para montar á caballo.

—¡Qué tonto! Te montas en un palo de escoba.

—(¡Como las brujas!)—murmuró Antonio.

—¡Y andando delante de la tropa!—prosiguió el niño.—¿Te gusta?

—Sí, señorito.

—¡Qué, *señorito*!—replicó malhumorado Perico.

—*Mi general* me has de decir desde ahora.

—Bueno, pues. Sí, mi general.

—Verás cuánto nos vamos á divertir.

Aquí llegaban en su coloquio el viejo servidor y el niño, cuando ambos se detuvieron en su camino al ver delante de sí una mujer desastrosamente vestida y en cuya cara se traslucía el más intenso dolor.

—¡Señores!... ¡Una limosna, por Dios, que mi hija se muere y no tengo para pagar las medicinas!... ¡Hija de mi alma!... ¡Señores, una limosna por amor de Dios!...

Esto dijo la mujer, con voz afónica, extendiendo los brazos hacia Perico y el anciano Antonio, que no pudieron por menos de estremecerse al oír tal desgracia.

—¡Por Dios, por Dios, que mi hija se muere!—seguía diciendo la mujer con voz triste.

Periquito, entonces, siguiendo el impulso del corazón, echó mano al bolsillo, y un ruido argentino salió de aquél, produciendo, en el ánimo de la mendicante, extraña trasformación.

Antonio dirigió su vista hacia el niño.

Este comprendió lo que aquella mirada quería expresar, y dijo á la mujer:

—¡Su hija está mala! ¿Qué tiene?

—Una enfermedad terrible, querido niño,—contestó la interpelada.—¡Ah!



El niño llorón



¡Y mi hija se muere porque no tengo dinero para avisar á un médico y pagar las medicinas!

Periquito, con esa viveza irreflexiva que caracteriza á los niños, dijo resueltamente, dirigiéndose á la desgraciada madre:

—Quiero ver á esa niña... á su hija, según V. dice.

—Pero ¡señorito!—replicó el criado.

—¡No hay *señorito* que valga!... *Mi general* se dice,—replicó el niño.

Y, dirigiéndose á la mendiga, preguntó:

—¿Dónde vive V.?

—Allí, en esa casa.

Y la mujer señaló con su diestra una casa de pobrísimo aspecto que existía en la esquina de la calle donde se encontraban.

### III

Nada más pobre, nada más miserable, ni nada tampoco más repulsivo, que la vivienda de la mendiga, en la cual penetraron Periquito y Antonio.



El pastor

Figuraos, mis lindos lectores, una boardilla estrecha, cuyas paredes despiden agua y cuya techumbre, formada de vigas carcomidas y agrietadas, deja penetrar el aire sutil de las noches de invierno, que hiela la sangre y entumece el cuerpo.

Y, sin embargo, en aquel horrible desván desprovisto de muebles y falto de toda comodidad, agonizaba una niña de seis años.

Allí en una cuna de pino se hallaba acostada ésta, aterida de frío, castañeteando sus dientes, los ojos hundidos, la faz pálida y la respiración anhelante.

Periquito, aturcido por el aspecto que ofrecía aquel mechinal, pálido por la emoción que le causara la vista de aquella niña moribunda, se quedó perplejo por un instante, miró de hito en hito á la madre de aquel ángel que agonizaba... luego su mirada pasó á Antonio, que, cual la mendiga, permanecía en silencio; y el niño aquel, acostumbrado á las refinadas comodidades de los ricos, se estremeció al considerar con su imaginación infantil el tétrico cuadro que la miseria le ofrecía. Después, siguiendo el impulso de su corazón, se adelantó de puntillas á la cama de la enfermita por no despertarla, y, cuando la hubo contemplado durante breve espacio de tiempo, murmuró tristemente:

—¡Pobrecilla! ¡Se muere!... ¡Dios mío, que no se muera!



Y, dichas estas palabras, Periquito echó mano á su bolsillo y sacó de él tres piezas de plata, las cuales depositó cuidadosamente encima de la colcha que cubría á la enfermita.

Hecho esto, volvió al lado de Antonio y la mendiga, que lloraban en silencio.

—¿Por qué lloras, Antonio?—dijo en voz muy baja.

—¿Que... por qué lloro?... ¡De alegría de ver que tengo un general tan bueno!...—replicó el anciano servidor.

—¡Bendito seas, hijo mío!—fueron las únicas palabras que pudo articular

la infeliz madre, pues que la emoción que ésta experimentaba había atado un nudo á su garganta.

#### IV

—¿Y la caja de soldados, Periquito?—preguntó la mamá de éste cuando aquél hubo entrado en sus habitaciones en unión de Antonio.

—Mamá... ¡ya no quiero los soldados!

—¿Por qué? ¿No te gustan ya?

—Sí, pero...

Y el niño se interrumpió: no sabía cómo explicar á su madre el lance ocurrido.

Antonio acudió en ayuda de su *general* y relató lo acaecido, no sin prodigar á su señorito los epítetos más cariñosos que se le ocurrieron.

Cuando hubo terminado su narración el viejo criado, la mamá de Periquito abrazó al general *in partibus*, y le dijo:

—Hijo mío, tu noble acción me llena de orgullo. Prosigue siempre así, y Dios te centuplicará el bien que hagas á tus semejantes. Mañana, en pago de tu bellísima acción, diré á papá que te compre no una, sino dos cajas de soldados. ¿Estás contento?

—Sí, mamá,—contestó Periquito.

Y, volviéndose á Antonio, le dijo:

—Ahora sí que querrás ser capitán: ¿eh?

—¡No digo yo capitán, sino *ranchero* seré, teniendo un general tan bueno!—replicó el anciano servidor.



El niño belicoso

ALEJANDRO LARRUBIERA CRESPO

Madrid, 1888.



## LAS CAMPANAS

**C**UÁN poco nos dice, por lo regular, esta palabra! ¡Cuán poco si nuestra mente se concreta en ver en ella sólo un pedazo de metal rodeando en forma de cono imperfecto una lengua de bronce que produce ruidos más ó menos acompasados! ¡Con cuánta indiferencia las vemos suspendidas en lo alto de las torres, sin sugerirnos otra idea que la del campanero que se colum-



El niño belicoso

pia en sus brazos y la de la poética golondrina que tiene su nido inmediato y huye asustada por el estridente ruido!

Y, sin embargo, ¡cuántas veces hace latir el corazón bajo diversas impresiones! Ella nos habla con el lenguaje más elocuente y persuasivo que puede conmover las fibras del ser humano.

¿Quién no ha perdido un padre, un hermano, un pariente ó un amigo? ¿Quién no tiene una festividad predilecta? ¿Qué pecho no palpita por la gloria y los grandes hechos de su patria? ¿Quién, finalmente, ignora que en el mundo católico la campana toma parte en todos los sucesos tristes ó alegres, prósperos ó adversos, individuales ó sociales?

En nuestra niñez, y entre los hombres que por sus ocupaciones tienen la obligación de trabajar seis días y descansar el séptimo de la semana, ¡qué satisfacción se experimenta al llegar al deseado del descanso!



Y ¿quién nos anuncia su llegada?

Una campana.

Ese día, un ruido limitado, fuerte, vibrante y metálico nos despierta súbitamente.

—¡Ay!—exclama el niño desperezándose.—Y una escuela, un maestro y unas horas de reclusión y silencio vagan con rapidez ante su vista. Pero, completamente despejado, oye distintamente una campana, y una sonrisa de alegría mueve sus labios.

A su vez el jornalero abre sobresaltado los ojos, y el metálico ruido inun-



Una cosa extraña

da de gozo su alma. Ese ruido es para él una voz amistosa que le dice:—¡Hoy te toca descansar, pobre obrero! Hoy no percibirás jornal alguno, es verdad; pero al menos estarás todo el día al lado de tu familia: vas á descansar de una fatiga que, prolongada sin interrupción, agotaría tus fuerzas. Pide á Dios que éstas no te abandonen, y dale gracias por sus mercedes, ya que no siempre puedes hacer lo mismo con tus semejantes.—Y el tañer de esa campana, resonando en el corazón del honrado artesano como una armonía dulcísima, le ocasiona indecible felicidad.

Si el incendio se apodera de una casa, el mismo tañido da la voz de alerta para hacer menor el peligro.

Un golpe de badajo evoca el recuerdo de un ejército victorioso ó vencido, de un país radiante de gloria y alegría, ó del que sufre las tremendas consecuencias de desastrosa derrota; la desolación y ruina detrás de los vencidos y de los vencedores.

¿Qué más se quiere de un pedazo de metal?



Y, sin embargo, mucho podríamos añadir todavía. Hasta ahora sólo hemos hablado de movimiento, ruido y algazara, y su lenguaje más elocuente y conmovedor no es el más estruendoso.

¿Por qué se paran los transeúntes, y doblan sus rodillas, y el dolor se revela en sus semblantes? ¿Por qué suspenden los carruajes su marcha, y todo movimiento cede?

Es que una campanilla suena acompasada y monótonamente, anunciándonos que un ser yace en su lecho de dolor, próximo á abandonar la vida. A los golpes de esa campanilla el enfermo eleva al cielo sus ojos, y vislumbra en él una esperanza de inmortalidad que inunda de luz su apagada imaginación, en tanto que sus deudos, fijo siempre el pensamiento en lo terreno, sólo descubren en torno duelo y desolación.

Ya no es en la calle, es en la torre donde volvemos á oír el ruidoso instrumento: su expresión es más triste y desoladora; cada toque arranca un momento de una existencia. Unos cuantos golpes más, y en su última sonora onda un alma volará á su centro.

Más tarde acompañará unos restos hasta dejarlos en el cementerio, donde sus sonidos se confundirán con el golpe de la piqueta que cierra nuestra postrera mansión.

Hallándonos en plena época de Carnaval, tal vez os parezca tristón el acento elegido para esta crónica; pero no lo dudéis, podía haberos hablado de una actualidad más triste todavía: de un baile de niños. Para que no creáis que es esta una frase para acabar, promete demostrároslo en una de sus próximas crónicas

BENJAMÍN







## —NUESTROS GRABADOS—

### LA PALOMA CORREO

El padre de Guillermo, que era capitán de marina, había regalado á su hijo una paloma correo, es decir, de esas que se amaestran para llevar cartas de un punto á otro.

El muchacho cobró mucho cariño al ave, más aún que el que ya profesaba á su perro y á su gato; y divertíale mucho remitir cartas á su tía, residente en un pueblo inmediato, y recibir la contestación por conducto de su paloma.

Cierto día Guillermo envió al ave con una misiva, sin reparar que el tiempo estaba tempestuoso. Cuando su madre volvió á casa, díjole que había hecho mal, porque la paloma podría perderse si descargaba la tempestad; mas ya era tarde para llamarla.

Poco después la tormenta estalló al fin, y el pobre Guillermo, asomado á la ventana y fija la vista en el horizonte, miraba ansioso á todos lados con la esperanza de que apareciera su alado mensajero, mas no le divisó.

El viento y la lluvia habían impelido á la paloma hacia el bosque, donde se guareció entre las ramas de un árbol; y al día siguiente, cuando ya Guillermo lloraba la pérdida del pobre animal, vió de pronto, con inmensa alegría, su querida paloma, que llevaba una carta en el pico y que pocos momentos después se posaba en sus brazos.

### LA BANANA Y EL PLÁTANO

Supongo, hijos míos, que alguna vez habréis comido banana; pero seguramente ignoráis de dónde viene, y yo voy á deciroslo.

Banana y plátano son los nombres de dos plantas muy semejantes. La primera da un fruto dulce que se come crudo. El plátano produce otro bastante grande y algo áspero, que se debe preparar antes de comerlo.

Estas plantas crecían en la China hace muchos siglos, y los indios de la América del Sur las cultivaron en sus jardines antes de que ese país fuera conocido del resto del mundo.

Me referiré sólo á la banana, porque su descripción es muy análoga á la del plátano.

La planta necesita mucho sol, el tallo crece mucho, llegando á tener á veces hasta veinte pies de altura; y las hojas son anchas y sedosas, tanto, que parecen grandes pedazos de seda verde, cuyo conjunto ofrece un golpe de vista magnífico. Algunas veces el viento las rasga, y entonces vistas, de lejos, parecen verdaderamente cintas. A su debido tiempo fórmanse capullos, y éstos se desarrollan en flores llenas de miel, que atraen á las abejas, á las mariposas y á los pájaros moscas. Cuando aquéllas se caen, el fruto comienza á formarse, y al cabo de algún tiempo el tronco de la planta se ve cargado de series de bananas, cada una de las cuales mide de cinco á seis pulgadas de longitud. Son verdes al principio, y cuando maduran toman un color amarillo, hallándose llenas de una pulpa dulce y blanda.

En cada tronco puede haber hasta cien bananas, cuyo peso llega algunas veces á ochenta libras. En la India occidental se paga por uno de esos grandes racimos, tan sólo veinticuatro céntimos.





El niño miedoso



La banana prospera perfectamente en la Florida, pero al norte de este país los fríos del invierno matan la planta.

La gente pobre y los negros plantan la banana alrededor de sus viviendas, y así tienen sombra y fruto para comer.

Esta planta necesita de doce á diez y ocho meses para crecer y para que el fruto madure. Con esto termina su misión, pues sólo florece una vez y después muere; pero de las raíces brotan nuevos tallos, y éstos dan fruto también á su debido tiempo, de modo que el jardín plantado una vez durará muchos años.

### EL NIÑO LLORÓN

Luisito se ha hecho daño en un pie, y las lágrimas acuden á sus ojos; pero reprímese al oír á su mamá decirle:—No llores, niño: eso no será nada. Justo es que te quejes un poco, pero al menos ten valor y da prueba de que serás un hombre.

### EL PASTOR

Sentado sobre la alfombra, Juanito juega con un carnero de cartón, colocando varios pedazos de madera á su alrededor para formar una valla. Entregándose después á sus reflexiones, se dice que quiere ser pastor y que, cuando tenga más edad, lo único que pedirá á sus padres será un rebaño de muchos carneros, un redil para guardarlos, y el permiso para no cuidarse más que de su custodia.

### EL NIÑO BELICOSO

Tomasito, niño muy estudioso, era aficionado á oír hablar de guerras y de hechos de armas. Sus principales juguetes eran un sable de madera, una escopeta con cañón de hoja de lata y un tambor; y había conseguido que su mamá le hiciera una especie de chacó de papel.

Cierto día, dejándose llevar de su instinto belicoso, salió á recorrer los alrededores de su casa, dando tales voces y haciendo tanto ruido con sus armas y el tambor, que todos los animales domésticos huían al verle. Tomás estaba muy orgulloso de sí mismo, creyendo haber puesto en fuga á un enemigo imaginario. Juzgábase un gran guerrero, y ya volvía á su casa cantando, sin duda el himno de la victoria, cuando al pasar junto á la verja del corral, una oca le mordió una pierna con su pico, y esto bastó para que el capitán Tomás, según él se titulaba, lanzando un grito, corriera á esconderse en su casa.

De allí en adelante Tomasito no tuvo ya el genio tan belicoso.

### UNA COSA EXTRAÑA

Natalia ha dejado olvidada debajo de un árbol su muñeca, que por su inmovilidad, su vestido largo, sus ojos azules y su cabello amarillo, llama la atención de un pájaro, que la contempla con asombro. A poco llegan un gato y un conejo, y después un perro, y los tres animales rodean á la muñeca, preguntándose, en su lenguaje, qué puede ser aquello que no se mueve y parece una criatura. El perro, más valeroso que sus compañeros, se dispone al fin á hincar el diente; pero en esto llega Natalia rodando su aro, ve su muñeca olvidada, y líbrala de los dientes que la amenazaban.

### EL NIÑO MIEDOSO

El trueno rebrama á lo lejos, la lluvia cae á torrentes, y á intervalos algún rayo surca el espacio. Luisito, el chiquitín de la casa, tiene miedo, y quiere huir á esconderse en un rincón; pero su hermana mayor le reanima, diciéndole que no tenga cuidado, porque aquello es un *tren del cielo*, que pasará como los que recorren la tierra. Esta singular ocurrencia basta para disipar los temores del niño, que contempla la tempestad sin tratar de alejarse.

### LA MONEDA DE ORO

A los doce años David ayudaba á sus padres en los trabajos de la granja y distinguíase por su actividad. Como tenían muchas gallinas, todos los días iba á recorrer las casas para vender huevos.



Un sábado salió con su carga y fué á ofrecer primeramente su mercancía á una parroquiana suya que le compraba mucho. La señora, ya anciana y corta de vista, fué á buscar su bolsa, y de ella sacó varias monedas de cobre, entre las que el chico vió una que brillaba mucho.

—Te doy un cuarto nuevecito,—dijo la señora,—y quiero regalártelo, ya que eres tan puntual todos los días y tan buen chico.

David vió que aquella moneda no era como las demás, pero no dijo nada. Fué á servir á las otras parroquianas, y cuando sólo tuvo una docena de huevos llevóselos á una señora que se los tenía pedidos. La mujer le dió un duro para pagar, y al devolver el chico el cambio, dió la moneda de oro, pues no conocía tampoco su valor; pero la señora le explicó lo que valía, y preguntóle quién se la había dado.



La moneda de oro

David refirió el incidente, y corrió al punto á la casa en que le dieron la moneda y devolvióla á la señora que se la entregó por equivocación. Esta prueba de honradez le valió muchos elogios.

---

## LA ESTUFA DE PORCELANA

---

(Continuación)

Recuerdo bien á mi maestro, Agustín Hirschvögel. Llevó la vida de un sabio sin tacha; trabajó con lealtad y con amor. ¡Ah, sí, amigos míos! ¡Vol vamos á nuestros creadores! Esto sería lo mejor que nos podría suceder. Pero nuestros creadores se han marchado, y nosotros, obras perezaderas de sus



manos, les hemos sobrevivido. Durante largos, largos años, yo, que había sido honrado por emperadores, he habitado una pobre casa, he calentado tres generaciones de pobres niños hambrientos. Bajo la influencia de mi dulce calor, olvidaban que no habían comido; reían, contaban cuentos y se dormían á mis pies. Entonces he comprendido que, por humilde que fuese mi lote, era el que mi maestro me hubiera deseado, y estaba contento. Donde voy ahora, no lo sé; pero desde el momento en que abandonó aquella casa en que me amaban, preveo que me sentiré siempre triste y aislado.



La moneda de oro

Callóse, y una luz dorada que le había rodeado se apagó; apagáronse también las luces de los candelabros.

Cuando las campanas de la ciudad dieron las seis de la mañana, Augusto despertó sobresaltado. Habíase acostado sobre el enladrillado, y todos los objetos de la tienda estaban perfectamente tranquilos, cada uno en su puesto.

Dejáronse oír pasos sordos en la escalera, y apenas le quedó tiempo á Augusto para volverse á su escondrijo.

Los dos mercaderes entraron, llevando cada uno una vela encendida en la mano, y comenzaron á embalar de nuevo la estufa con heno y paja. Augusto ya no les tenía miedo, pues el sueño de la noche anterior había exaltado su valor y reanimado sus esperanzas. Cuando hubieron terminado su faena llamaron á los portadores y la estufa fué bajada sobre las espaldas con tanto cuidado como si se tratara de un príncipe que se hubiera puesto enfermo durante su viaje. Los

seis faquines entraron en una estación de ferrocarril. Al oír Augusto aquellos bien conocidos ruidos, comprendió que iba á viajar de nuevo y se preguntó si aquella vez duraría mucho. Los dos mercaderes y los seis faquines acompañaron á Hirschvögel. Augusto les oía hablar siempre de Berg y del lago de Staraberg.

El tren iba lentamente á causa de la nieve acumulada.

—Habría podido esperar volver á la capital,—gruñían aquellos hombres.—¡Vaya un tiempo para estarse en Berg!

¿Quién era aquella persona que vivía en Berg? Augusto no podía adivinarlo.

Bien que refunfuñando contra el estado de los caminos, mostrábanse los mercaderes muy alegres y prometían una buena propina á sus portadores.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.